LII

Biblioteca Mignon.

TULIO M. CESTERO

CITEREA



MADRID
VIUDA DE RODRÍGUEZ SERRA
Salud, núm. 19.
1907


FE · AMOR

BIBLIOTECA MIGNON

á 0,75 céntimos tomo.

I. V. Medina.—*Aires murcianos.*
II. A. Palacio Valdés.—*¡Solo!*
III. Clarín.—*Las dos cajas.*
IV. Wagner.—*Historia de un músico en París.*
V. González Serrano.—*Siluetas.*
VI. J. Valera.—*El pájaro verde.*
VII. Luis Bonafoux.—*Risas y lágrimas.*
VIII. J. O. Picón.—*Cuentos.*
IX. Becerro de Bengoa.—*El recién nacido.*
X. J. O. y Munilla.—*Tremielga.*
XI. J. M. de Pereda.—*Para ser buen arriero...*
XII. Alfonso Daudet.—*Una anécdota del segundo Imperio.*
XIII. V. Blasco Ibáñez. —*La cencerrada.*
XIV. G. Martínez Sierra.—*Almas ausentes.*
XV. E. Menéndez y Pelayo.—*A la sombra de un roble.*
XVI. G. Núñez de Arce.—*Sancho Gil.*
XVII. Blanca de los Ríos.—*Melita Palma.*
XVIII. Arturo Reyes.—*Cuentos andaluces.*
XIX. P A. de Alarcón.—*El clavo.*
XX. M. Tolosa Latour.—*Hombradas.*
XXI. J. Benavente.—*Cartas de mujeres.*
XXII. Narciso Oller.—*La bofetada.*
XXIII. E. Marquina.—*Églogas.*
XXIV. P. Baroja.—*Idilios vascos.*

XXV F. Acebal.— *De buena cepa.*
XXVI. Dr. .Mariscal—*Morfinismo.*
XXVII. M. del Palacio.—*Un soldado de ayer*
XXVIII. M. Cervantes.— *Curioso impertinente*
XXIX. Dr. Calatraveño.—*Los niños quesufren.*
XXX. Jacinto Benavente.—*Cartas de mujeres.*
XXXI. Manuel Ugarte.—*Cuentos de la Pampa.*
XXXII. B. Rodríguez Serra.—*Idilios rotos.*
XXXIII. Valle-Innclán—*Jardín Umbrío.*
XXXIV. J. Echegaray.—*Los sueños de Colilla.*
XXXV. Luis Taboada.—*Los cursis.*
XXXVI. Eduardo L. Chavarri.—*Armónica.*
XXXVII. E. G. Carrillo.—*Las mujeres de Zola.*
XXXVIII. J. Dicenta.—*La finca de los muertos.*
XXXIX. Escobar.—*Cosecha de mi tierra.*
XL. Santiago Rusiñol.—*Hojas de la vida.*
XLI. R. Blanco Fombona.—*Cuentos americanos.*
XLII. Carmen de Burgos Seguí.—*Alucinación.*
XLIII. J. Pérez Zúñiga.—*Villapelona de abajo.*
XLIV. José Zahonero. *Pasos y cuentos cómicos.*
XLV. C. Bernaldo de Quirós. *Peña Lara.*
XLVI. B. Pérez Galdós. *Santillana.*
XLVII. E. Fernández Vaamonde.—*A orillas de Spree.*
XLVIII. Rafael Leyda.—*Tirano Amor.*
XLIX.—Angel Guerra.—*Agua mansa.*
L. Roberto Bracco. —*En el mundo de las mujeres.*
LI. J. Francos Rodríguez.—*Como se vive se muere.*



CITEREA

LII

Biblioteca Mignon.

TULIO M. CESTERO

CITEREA

MADRID
VIUDA DE RODRÍGUEZ SERRA
Salud, número 19.

1907

Imp. de A. Marzo. Madrid.

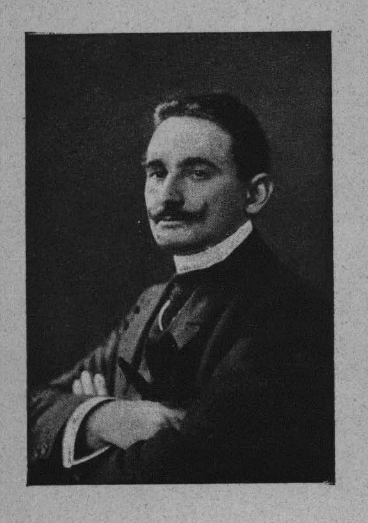
A Enrique Henriquez.

En Santo Domingo de Guzmán.

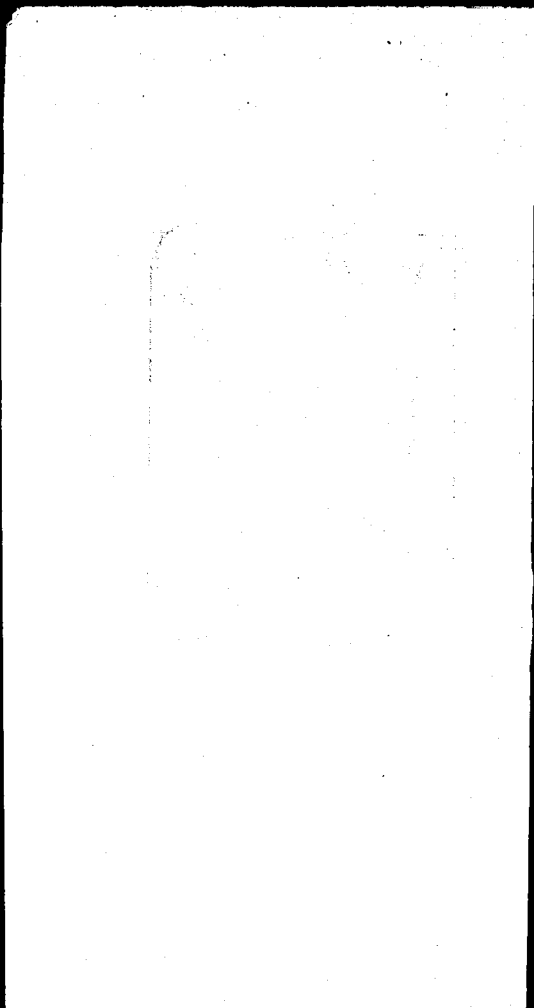
Un romero, al retornar del templo de Citerea, se prosterna ante la tumba regada y florecida por tus lágrimas; el recuerdo de la muerta, suave, excelsa, cuya vida fué el bello decir del místico, «Mucho hace el que mucho ama», transforma las espinas en rosas; y el peregrino las ofrece al poeta fraterno, que acendrará en los zumos acerbos del dolor fragantes mieles para sus canciones.

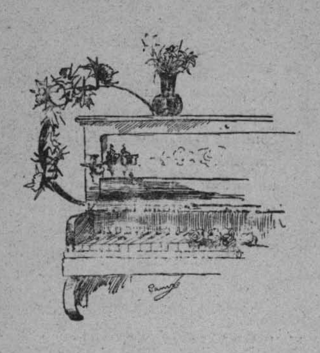
T. M. C.

Hamburgo, Enero, 1907.



TULIO M. CESTERO





LA ENEMIGA

Para la Sra. Laura P. de Vicini.

En Santo Domingo de Guzmán.

PERSONAJES: **Gabriel.—Berenice** *(Esposa de Gabriel)*.—**Dr. Luis.**

Sala sencillamente amueblada. Sobre el piano un ramillete de lirios inclinados por el perfume que colma sus cálices. En el teclado un ramo de rosas rojas y blancas, cu-

yos pétalos mustios caen en derredor. Al fondo una puerta que conduce á la alcoba. A la derecha una ventana que se abre sobre un jardín; una enredadera de flores azules festona la ventana; una de sus ramas se avanza á la sala, cual amoroso brazo extendido.

ESCENA PRIMERA

Gabriel y Berenice.

GABRIEL (*muy pálido, los ojos rodeados de ojeras. Las manos envueltas en algodón, sostenidas en cabestrillo por un pañuelo de seda rojo*).—Por primera vez, al fin, después de tan largas horas, la luz del sol inunda con sus joviales armonías mi alma. Me parece que abandono una tumba donde dormí durante un siglo. Y en efecto: ¿qué soy sino un aparecido?

BERENICE (*con un halo de ale-*

ría en el rostro, marchito por la huella de un intenso dolor).—No, Gabriel, tú no has muerto, vives. Todo renace para ti; la vida te ofrece nuevos caminos, y mi alma se abre para recibirte como la flor muy cargada de esencia se ofrece á la abeja libadora. Todo renace para ti.

GABRIEL (*con voz tenue y triste*). Repito que todo ha concluído para mí. Con la carne de mis manos se ha extinguido la alegre fuerza de mi espíritu. ¿A dónde iré con estas manos mutiladas? Hora tras hora he visto la carne que las cubría caer destruída por el vitriolo que arrojaste sobre ellas.

BERENICE (*con amargura*).—Mis lágrimas las ungen cada noche cuando duermes; mi angustia ha sido igual á tu dolor. ¿A qué recordar

una vez más, el horror de aquella hora?

GABRIEL (*con ira*).—¿Pero no es esta tu obra? ¿No eres tú quien me ha arrebatado con la gloria, la vida?

BERENICE (*con amargura*).—Siempre las mismas palabras; es inextinguible la hoguera en que me consumo. ¿La inmensidad de mi amor antes y después, no es merecedora del perdón?

GABRIEL (*con ira*).—El perdón no resucitará mis manos y aún estás á mi lado.

BERENICE.—Pero me condenas á una tortura inacabable. Hice lo que toda mujer enamorada hubiera hecho en mi caso. En la locura de mi amor cabía también el crimen ¿Y no era criminal tu conducta?

GABRIEL (*con ira*).—El crimen está aquí, en estas manos quemadas

que me han convertido en un instante de triunfador en inválido.

BERENICE (*con tristeza*).—¡Por Dios, piedad!

(Silencio. Berenice llora. El viento desgarra las corolas de los lirios, agita la enredadera y los pétalos blancos y rojos caen.)

ESCENA II

Dichos. Doctor Luis.

DR. LUIS.—Buenos días, amigos. (*En tono de reconvención.*) Siempre el mismo tema. Os empeñáis inútilmente en romper la cadena, en disputar sobre lo irreparable. Sólo el olvido de lo pasado puede volver la paz á esas almas donde la tragedia encontró escena.

BERENICE—Doctor, daría yo mis manos, mi vida, por crear de nuevo

las suyas, para que el éxito ciña coronas á su frente, mientras yo agonice abandonada.

GABRIEL.—No hay voluntad sobre la tierra capaz de hacer ese milagro.

DR. LUIS.—¿Y entonces por qué continuar ahondando más el abismo? Sois unos insensatos.

BERENICE (*con dulzura*).—Doctor, usted que es bueno y conoce los dolores del cuerpo y del alma puede comprender la naturaleza del mío. Durante los primeros días, los largos días del comienzo, cuando todas las puertas se cerraban para Gabriel y cada noche se rendía fatigado, sin esperanzas, vencido, era yo quien alimentando su entusiasmo fortalecía su fe. Y cuando arrancaba al piano la música que sólo mi amor comprendía, acariciando sus

largos cabellos, murmurábale al oído palabras halagüeñas.

Gabriel.—Una noche mientras dormía, has cortado mis cabellos.

Berenice (*con dulzura*).—Soy la autora de su triunfo; sin mí, mudos habrían permanecido el alma y e piano; yo he sembrado el laurel fecundado su gloria. Y luego el éxito lo convirtió en otro hombre, la música ocupó el lugar de la esposa.

Gabriel (*con rabia*).—Nada excusa tu crimen.

Dr. Luis.—Vamos, calma, calma.

Berenice.—Cuando en las salas de los conciertos, los ojos de las mujeres, ebrias de las notas arrancadas por sus manos al teclado, se perdían en sus cabellos, cada uno de sus rizos se enroscaba en mi cora zón como una, como mil sierpes. Por eso una noche los corté. Sentí

un gran alivio, me creí salvada; ¡pero ay! el suplicio comenzó de nuevo, entonces fueron las manos. Cuando recorrían ágiles y blancas el teclado, yo adivinaba en el ritmo de la música, una armonía no emanada de mi alma ni de mi cuerpo; otras mujeres la habían inspirado; as que se erguían delirantes para aplaudirle, me robaban mi tesoro, un caudal reunido segundo por se-do, moneda á moneda.

Gabriel.—No era tuyo, pertenecía al arte.

Berenice (*con ironía*).—El arte no vino en tu socorro cuando caías desfallecido.

Gabriel.—Cállate, blasfemas.

Dr. Luis.—Uno y otro, habéis desviado el recto sendero de la vida.

Berenice.—Mi dolor es único en

el mundo; ninguna criatura ha sufrido como yo. Abandoné las salas de los conciertos y mientras él triunfaba sintiéndose anhelado de todas las mujeres, amándolas á todas en las formas de la música; en esta misma estancia, moría yo, copiando partituras ó haciendo labor; pero el ruido de los aplausos llegaba hasta aquí enloqueciéndome; todas las manos eran una sola mano que oprimía mi corazón fuertemente. Volví de nuevo á acompañarle. Fué la noche del último concierto. Hermoso espectáculo. En el silencio de la sala, la dulce y extraña sinfonía inflamando las almas las encadenaba. La llama de su voluptuosidad no se encendió en la hoguera de mi alma. Todas las miradas femeninas estaban clavadas en sus manos, las odié, sentí la necesidad de destruirlas.

Gabriel (*con dolor*).—Y lo hiciste.

Berenice.—Una vez más, te imploro: perdóname. Cuando regresamos, se sentó en ese piano á tocar, lejos, muy lejos de mí; era la misma sinfonía. En la piel suave y blanca de sus manos las miradas acariciadoras de las mujeres habían impreso a huella de un beso ardiente. ¿Qué pasó en mí en ese instante? ¿Dónde encontré el vitriolo y cuándo lo arrojé sobre sus manos, no lo he sabido nunca? En derredor mío brotaron llamas, yo misma ardía. Fué su caída desmayado, lo que me reveló la horrible realidad; el cielo se desplomó sobre mi cabeza y la tierra huyó bajo mis plantas: también caí

Gabriel.—Pero aún, yo no me he levantado, seré siempre un caído, un muerto.

Dr. Luis.—El sol sale cada día y todo lo que alumbra vive.

Berenice.—Quien ama no muere; el amor vence á la muerte misma.

Gabriel.—Yo soy como un hombre que se duerme en el campo una noche de primavera sobre la fresca tierra: la luna ilumina la campiña; las flores perfuman, el ruiseñor canta, las semillas germinan, las fuentes musitan; y cuando despierta á la mañana siguiente, el sudario del invierno cubre la campaña, mustias las flores, mudos el ruiseñor y las fuentes, los gérmenes duermen bajo la nieve, asombrado se mira y encuentra que su espíritu tiene la edad del mundo. *(Inclina la cabeza abatido.)*

Dr. Luis.—La vida es eterna, nada muere; todo renace y se transforma, al invierno sucede la primavera.

BERENICE.—Y mi amor pondrá una perpetua primavera en tu alma.

GABRIEL.—¡Oh, no!, he dicho que soy como un muerto. Mi vida era la música, la siento; pero no puedo crear la nota, no tengo manos. Las has destruído, míralas, ¡recréate. En mi alma bulle un torrente, circula fuego por mis venas, mas ¡ay! se extingue en las manos. Soy cual un árbol pleno de savia, florece, perfuma, sin jamás cuajar sus mieles en la púrpura ó en el oro de un fruto.

La naturaleza es una orquesta inmensa, á seres y cosas rige; y mi alma era arpa que recogía en sus cuerdas el sublime concierto. Ahora ¿cómo traduciré en notas el azul del cielo, el perfume de las flores, la luz del astro, la canción del agua, el vaho de la tierra fecundada, el rit-

mo de esa enredadera que viene hacia mí como un brazo amorosamente extendido y la gracia del cuerpo femenil? La música recóndita, misteriosa, que sólo el artista escucha, no podré revelarla á los hombres. Soy un inválido. ¡Oh! mis manos, ¿dónde están mis manos?

BERENICE.—Cállate. Te amo.

GABRIEL.—Si me amas, devuélveme mis manos.

DR. LUIS.—Sois unos niños. Es preciso olvidar lo pasado y buscar en sí mismo el remedio: el amor es la ley única del universo: amáos.

GABRIEL.—No; la música, ley suprema, divina. Como artista yo estaba excluído de esa ley de amor que las mujeres han inventado para esclavizar al genio y ha sido necesario un crimen para encadenarme.

Berenice.—¿Y no eras tú criminal cuando me olvidabas?

Gabriel.—El artista canta, como el pájaro en la floresta, obedece á una voluntad todopoderosa que puso el arpegio en su garganta. La bestia que le escucha se transforma en hombre: las fieras encantadas siguen á Apolo. El artista pertenece al público, ese monstruo dócil y feroz que se nutre en el ocio con sus alegrías, sus penas, sus amores.

Berenice.—Pero yo también soy público y he pagado á muy alto precio la más bella parte de tu alma. Tenía derecho á ser feliz porque había sufrido.

Gabriel.—Y yo porque había triunfado.

Dr. Luis.—¡Oh! sois ciegos que no ven el camino, egoístas que han secado las fuentes de la dicha, con-

trariando las sagradas leyes de la vida, que al fin os agarra por el cuello y os golpea contra la realidad.

BERENICE. — Pero doctor, yo quiero ser feliz. El amor ha dado á mi alma para él toda la música del universo.

GABRIEL.—Devuélveme mis manos.

BERENICE.—Tus manos son la cadena que me unirán á ti eternamente.

GABRIEL.—No, son el abismo que nos espera. El sacerdote bendiciéndolas enlazadas á las tuyas, formó una cadena: la has cortado. Hemos sido como ciegos de nacimiento que acechan la felicidad que pasa, sienten el suave roce de sus alas, extienden las manos y aprietan. De súbito la luz nace en sus ojos, locos de alegría miran: sólo hay un

leve polvo de oro. Es inútil, estamos condenados.

Dr. Luis.—La sociedad que tiene piedad de ese naufragio envía una barca libertadora: el divorcio.

Berenice.—¿El divorcio? (Con energía). Nunca. No es la libertad porque no es la dicha; ni le devolverá las manos á Gabriel, ni la paz á mi alma.

Dr. Luis.—Someteos á la vida que se impone, que triunfa siempre y que os arroja ahora, con los brazos rotos en un mar sin orillas.

Gabriel (*inclinando la cabeza*). ¡El triunfo de la vida sobre el arte!

Berenice (*acercándose á Gabriel, le oprime una mano*).—No, el triunfo del amor. (*Gabriel hace un gesto de dolor. Con ironía.*) Sufres, te duele. Todas las heridas duelen!

GABRIEL.—Sí, todas duelen. Mira las mías. *(Pone las manos fuera del pañuelo y se arranca con los dientes parte del algodón que las cubre.)* Contempla, carne quemada, llagas que hieden.

BERENICE *(arrodillándose se arrastra hacia Gabriel)*.—Perdón; estaba loca, perdóname.

GABRIEL —Mira aquí dentro. Los ídolos están rotos, el fuego de tus celos calcinó mi alma; fría hoy, es la piedra de un ara antigua; silenciosa, es un arpa sin cuerdas. *(Con fuerza.)* Levántate. Vete. *(Berenice se levanta. Camina lentamente, volviendo el rostro hacia Gabriel, las manos unánimes á la altura de la boca, dulce la mirada.)* Vete. Eres la enemiga. Soy un vencido, un muerto. Peor aún, bajo tierra los muertos duermen, acaso sue-

ñan; en mí... ha muerto el sueño.

(Berenice avanza hasta Gabriel, apoya la diestra sobre su hombro, y con voz que revela una energía invencible.)

BERENICE.—No. La voluntad divina nos ha unido; eres mío, lo serás eternamente, en la vida y más allá de la muerte.

(Gabriel abate la cabeza. El piano se estremece. El viento llena la sala con las notas de su órgano, desgarra los lirios, avienta los pétalos blancos y rojos, y la rama de enredadera que se inclina, es un brazo rendido en batalla de amor.)



LA MEDUSA

Que toute chose est triste
Est triste aussi l'amour.
F. VIELE GRIFFIN.

PERSONAJES: **Romeo**. — **Julieta**.

A Pedro César Dominici,
en París.

ESCENA UNICA

Romeo y Julieta.

Por la mar tranquila, el buque se desliza como un gran pájaro marino. La luna traza un surco de plata en el índigo del agua. En la popa, sentado sobre un rollo de cables, la frente apoyada en la palma de las manos, Romeo medita.—Suave, grácil, con andar

felino, Julieta se acerca. Silenciosa se sienta á su lado; inclinándose le besa en la nuca.

ROMEO (*estremeciéndose*).—Déjame. Besa á ese rudo marino á quien contemplabas tan largo rato. Sí, lo mirabas con esos ojos que trasvierten las órbitas y frente á una copa ó un hombre, revelan el loco deseo de apurar un vaso inagotable y oprimir entre tus débiles brazos un gigante. Sí, he visto flamear tus ojos, batir las alas de la nariz y sobre la piel la sangre encendida tejer esos hilos de púrpura que tan bien conocen mis labios, cuando pasó junto á ti, oliendo á marisco, á tabaco y á whisky. Déjame.

JULIETA.—¿Y tú? Durante la comida, has devorado á la inglesa de la derecha, alta y magra, como un hombre: con sus ojos azules de cris-

tal, que guardan el secreto de un alma diabólica. Y has fijado en ella tu larga mirada de miope, por entre los párpados entornados; mirada que desnuda y excita cual una caricia; y la has examinado más aún, cuando hace un momento mientras se paseaba, la brisa ciñéndole el traje, reveló dos flacas piernas y una grupa de yegua. Sin duda, que imaginas encontrar en sus brazos un vicio nuevo.

ROMEO.—Cállate. Me fastidias como si fueras mi esposa.

JULIETA.—Siempre dices lo mismo.—Déjame besarte, para mirarme en tus ojos. (Mientras le besa en la boca, le clava las uñas en el dorso de la mano izquierda; la sangre asoma.)

ROMEO.—Una vez más he sentido tus uñas. Eso es el amor femenil: besos y garras.

Cada día repito lo mismo, porque todos los días son iguales y es esa monotonía cruel la que hace imposible nuestra vida, y extendiéndose entre los dos nos separa.

¡Oh! sí, es el pasado, tan conocido, pesado yugo; es el porvenir del cual nada se descubre, que arrancan la esperanza y plantan en nuestras almas la duda. Nunca olvidaré lo que hemos realizado; ni menos poder saber qué acción engendrarán nuestros pensamientos en un minuto próximo. Nuestra existencia está suspendida entre esos dos abismos.

Si fuera posible olvidar, la vida sería grata. Si el alma como el cristal no conservara las imágenes que copia. ¡Ay! los modernos han olvidado el camino de aquella fuente antigua que producía el olvido y son incapaces de crear lo nuevo.

Un día, la lectura de «la historia de una cortesana antigua que no se convierte», puso en tu lengua este grito: «quiero cosas extraordinarias» y ofreciste en vano el cuerpo vibrante al abrazo del dios fecundador. ¡Ah!, sí, lo extraordinario! No hay fuerzas ya para engendrar el prodigio. Los dioses del Olimpo están bien muertos; Afrodita no aparece á los mortales por los senderos de las montañas; y en cuanto al taumaturgo galileo, jamás á la sombra de los olivos encendió con un beso humano los labios de la de Magdala.

Julieta.—Es muy cruel lo que dices, cállate. Ven, hay nuevas mieles en mi boca.

Romeo.—Es inútil: en los libros aprendí la tristeza del espíritu y en los labios la tristeza de la carne. El

hombre es un animal incurablemente triste.

Todos los senderos floridos conducen á idénticos jardines de suplicios y todas las noches, las nupciales y las orgiásticas, son iguales: caricias, suspiros, crujir de dientes, espasmos luego, fatiga, asco.

No; sería imperdonable repetir una vez más la comedia que representamos hace largos días, sin placer y sin dolor.

¿Dónde existe la voluptuosidad que los antigucs conocieron? ¿Murió acaso con Adonis en los brazos de Venus, ó sepultada fué con Astartea bajo las arenas moabitas? No, yo la he sentido durante un instante. Sí, recuerdo: dormías, reclinada la cabeza en mi brazo; los párpados ardientes velaban el fuego de los ojos; en el rostro, una gracia frágil,

casta, el ritmo de la sangre agitaba levemente el lino de la camisa, que apenas cubría las pomas de los senos y las finas piernas. Te contemplé, una dulce llama, me inflamó, te amé como nunca, te habría amado eternamente; pero despertarte, insinuaste una caricia y el tiempo fugaz de la dicha finó. Ni la pluma, ni el pincel, ni el mármol, darán á mi alma la emoción intensa, la plenitud de ese momento. La santa voluptuosidad cual un vino cordial me dió nuevas fuerzas. Después... en vano he expiado tu sueño, noche tras noche; el prodigio no se ha repetido.

JULIETA Pero...

ROMEO.—No, no, el acuerdo de nuestras voluntades no lo creará; es preciso que surja improviso de las fuentes de nuestro ser y están ya agotadas.

Persiguiendo ese instante fugitivo lo he sacrificado todo. La espada esgrimida en los combates me habría dado el poder; la pluma, la gloria; y rotas yacen ambas. Por entre tus dedos, á la vez, cual agua falaz se han deslizado mi oro y mi alma. En la frente ciño la corona de tus manos, que á menudo, punzan y sangran. (*Romeo calla. Su inquieta mirada observa en torno y en sí mismo. Prosigue.*)

Separémonos; rompamos la cadena que nos oprime horriblemente. Acaso en las penas de la ausencia encontremos goces inefables. Lejos uno del otro, nuestras almas volarán por sobre las montañas y los mares hasta encontrarse, y las cartas encerrarán anhelos y esperanzas y su lectura será más grata que noches de estériles placeres.

Sí, separémonos. Los días próximos estarán llenos de dudas, sospechas, infidelidades, todas las bajezas de los amancebamientos hastiados. Y en el supremo espasmo, cuando sienta mi carne herida de tus uñas y tu boca muerda y bese, interrogaré, si es mi nombre, el mío único, el que sube de tus entrañas satisfechas á morir en los labios en un suspiro de amor.

(Julieta, reclinada la cabezas obre la pierna derecha de Romeo, llora, solloza.)

Sí, separémonos. Es preferible una ausencia dolorosa á esta presencia innoble y torturada. Presiento las noches que me aguardan: solo, despierto, ansiando estrecharte, los brazos extendidos flagelarán el vacío; el pensamiento tempestuoso romperá sus olas contra la frente: ebrio de tu

recuerdo, obseso, conoceré la rabia de los leones domésticos, la brama de los toros vencidos y la melancolía de los nidos abandonados.—Mas no importa, prefiero esas verdades á estas mentiras. El dolor es siempre puro, prócer. *(Romeo, bajando la voz, murmura.)* En el momento del último adiós, mi vida se partirá como un cristal.

(Julieta solloza; su cuerpo es una flor agitada por la brisa. Romeo toma entre sus manos la cabeza de Julieta, la comtempla y lentamente, amorosamente, la besa en los ojos; absorbe con delicia las lágrimas. A su vez se estremece, presa de una angustia intolerable.)

JULIETA.—Separarnos, no. Sola tengo miedo de la vida. Prefiero morir.

ROMEO *(irguiéndose)*. —¿Morir?

Has dicho la palabra de la felicidad, has señalado el buen camino. Es extraño, ahora veo, comprendo: sí, la muerte es la libertadora.

JULIETA.—Sí; pero juntos.

ROMEO.—Sí, juntos, unidos á descubrir en el más allá desconocido, lo nuevo.

JULIETA.—Ahora mismo. Busca el modo. Quiero morir; pero sin dejar de ser bella.

ROMEO.—Mira, el océano, eterno esclavo que ruge encadenado á la arena de las playas nos dará en sus aguas la libertad. Esta tarde, he visto al sol, un globo rojo, péndulo en el cielo gris, fatigado de recorrer cada día la misma ruta para iluminar las mismas miserias, arrojarse al agua y apagar sus llamas.

El mar... Sus aguas amargas nos harán libres; las flores de sus espu-

mas cubrirán de frágiles pétalos nuestros cuerpos; iremos de ola en ola, hasta encontrar un placer de perlas, un verde lecho de algas ó un rojo banco de coral, donde reposa-



remos y sus canciones serán nuestros himnos nupciales.

Ven, vamos á realizar la heroica acción que nos hará dueños del instante fugitivo de la voluptuosidad.

(Romeo se sienta en la borda, alza á Julieta y la coloca á su lado. Los brazos se enlazan y las bocas se juntan. Impetuosos se lanzan al mar. El buque como un gran pájaro marino se desliza por la mar tranquila. Dos cabezas surgen, desesperadas, medúseas; cuatro manos se asen á la estela. Desaparecen y luego una mancha de sangre tiñe las blancas flores de la espuma y una pequeña mano flota, cual un albo lirio. La luz de la luna traza un surco de plata en el índigo del agua.)



EL TORRENTE

A Manuel Ugarte.
En París.

PERSONAJES: **Marcelo Blanco. — Andrés Morales. — Miguel Ramírez. — Ninón Lescaut. — Un arquitecto. Carmen. — Una bailadora. Mozos.**

CUADRO PRIMERO

Sentados en la terraza del café La Paix, paladeando bocks de cerveza de Munich, envueltos en el

bullicio oceánico del bulevar, conversan Marcelo Blanco y Andrés Morales.

Marcelo.—El bulevar... ¿Has leído la reciente novela del corrosivo ironista Lajeneuse? Cuántos pensamientos en nuestras tierras de América se orientan hacia esta congestionada arteria, donde el placer y el dolor forman una ola impetuosa. Venir á París, trotar por el bulevar es la aspiración tenazmente perseguida de los intelectuales, políticos, mercaderes y mundanos de nuestras tierras calientes. Y casi tienen razón. Es única esta vía, que encierra un mundo en algunos metros; ni Picadilly de Londres, ni Unter den Linden de Berlín, ni Broadway en Nueva-York, producen esta impresión, de onda que acaricie y flagele al mismo tiempo; es

una corriente que arrastra. Sí, pero es un río formado por los apetitos, las ambiciones, los dolores, las alegrías en delirio que bajan rugientes de Montmartre, de Batignolles, del Barrio Latino, de más lejos aún, de los cuatro puntos cardinales del globo, y en confluencia forman esta corriente que parece mansa y es pérfida, poderosa, cuyos remansos son las terrazas de los cafés. —¡Qué gloria, enfrenarla y domarla; pero qué energías formidables se necesitan! Sondear su fondo me marea, y las bascas amargan mis labios.

ANDRÉS.—Por el contrario, yo siento una sensación de fuerzas nuevas, alegres, un vehemente anhelo de conquistar el aplauso de esos hombres y el amor de esas mujeres; de erigirme un pedestal con las cabezas erguidas bajo las plumas ó la

seda de los sombreros caros. Y me digo cada vez: «París, tú serás mío.»

MARCELO.—Ilusión, Andrés. París es inconquistable, indomable; olvida en la noche sus amores del alba. Es inútil empeño querer aprisionar el agua entre el puño. Es en las tierras de América, que nuestros padres han regado con sangre, donde hemos de realizar la acción de nuestros sueños. A París viene todo el oro de nuestras minas, en monedas y en pensamientos; y á los que llegan fuertes, jóvenes, sanos, con la primavera en el alma, París los devuelve enfermos, viejos, rotos. (Los dos amigos callan. El rumor del bulevar los sumerge; las miradas invitadoras de las mujeres les queman la piel.)

ANDRÉS.—¿Quieres ir á contem-

plar las vidrieras de los joyeros de la calle la Paix?

MARCELO.—No puedo.

ANDRÉS.—Es un espectáculo interesante; hay allí verdaderos prodigios de orfebrería, y es una delicia admirar los claros diamantes, aljófares en el cáliz de la flor del fuego; los rubíes, coágulos de sangre en cuyo centro tiembla una gota líquida; las perlas, de orientes maravillosos, tienen la suavidad de los besos; los ópalos son reflejos de los cielos de invierno; en las esmeraldas vibra toda la lujuria de las florestas colombianas, y las amatistas de humildes luces místicas. Vamos. No sólo hay poesía en los versos y en los mármoles, en las notas y en los lienzos; son verdaderos poemas esas joyas y las sedas y encajes con que Paquin vela y

revela las formas de la Venus parisiense.

Marcelo.—Sí; es un espetáculo interesante la calle de la Paix; pero yo no contemplo las vidrieras: estudio las miradas de las mujeres que se detienen extáticas delante de ellas: llamean sus pupilas y el arco tendido de los deseos espera para dispararse la mano cargada de oro que pague los besos.

También me interesan las costureritas que salen de casa de Paquín y de los otros famosos establecimientos de moda; el contacto de las telas ricas las afina, las espiritualiza, se sienten nostálgicas en sus barrios pobres; y salen asustadas, inquietas, cual liebres en días de batidas mirando á un lado y á otro, ansiosas de ser heridas por el cazador; un viejo verde que las lance ó un buen

mozo, que acabará el idilio comenzado á la sombra alcahueta de los parques, por pegarles y obligarlas á prostituirse para pagar sus vicios.

ANDRÉS. — Decididamente hoy estás malhumorado, todo lo ves negro. Vamos, es preciso que te despojes del pelo de la dehesa y comprendas y ames á París.

MARCELO (*sonríe con tristeza*). — No puedo ir, pues espero aquí á Miguel Ramírez. ¿Lo conoces?

ANDRÉS.—¿Aquel joven trigueño con quien estabas anoche en un palco del Casino?

MARCELO.—Sí. Es un peruano. Un muchacho simpático. Tiene veintidós años, es moreno y rico; su padre lo ha enviado á París con crédito en blanco para que gaste y sea el mejor anuncio de sus grandes depósitos de guano. Vive con lujo,

prodiga las letras contra el Banco, tiene coche, joyas, y, como es natural, las damas del Palais de Glace y de Maxim se lo disputan. (Un coche lujoso tirado por una pareja de caballos negros se detiene.) Ahí llega, ese es su coche.

ESCENA SEGUNDA

Dichos.—Miguel Ramírez.

Miguel Ramírez se acerca, viste sobretodo entallado, y en la mancha roja de la corbata la línea blanca de la bufanda de seda.—Acercándose.

MIGUEL (*tendiendo la mano á Marcelo*).—¿Cómo está compañero? ¿Me he hecho esperar? Hace un momento desperté. Me recogí á las cinco.

MARCELO.—No, ha llegado usted á tiempo. Permítame presentarle á

mi amigo Andrés Morales, un compatriota muy querido y un poeta exquisito.

MIGUEL.—Mucho placer. (Se estrechan las manos.) También yo escribo cuando tengo tiempo, pues... esta vidita de París. (Mira el reloj, un Longinus, lámina de oro mate con incrustaciones de brillantes.) Ya es hora; vamos.

MARCELO.—Antes tome usted algo.

MIGUEL.—No, vámonos. (Los tres se levantan y se dirigen al coche.) Vean ustedes, compañeros, esa pareja de caballos ¿Cómo la encuentran?

MARCELO.—Es un par de soberbios normandos.

MIGUEL.—Estos son más hermosos que los de anoche. Pasen ustedes. (*Dirigiéndose al cochero.*) Al

Palais de Glace. (Entran en el coche.) Se está bien aquí; es confortable, tiene calorífero, es un buen coche, me cuesta mucho dinero y lo peor es que cada día cambio el cochero y el paje, pues no pueden soportar la vida que llevo. Les aseguro á ustedes, compañeros, que pocos sudamericados en París gastan este lujo. (El coche se dirige á los Campos Elíseos, por la plaza de la Concordia.)

Voy á presentarles á ustedes á mi *beguin*, ¡Ninón Lescaut, una de las mujeres más conocidas en París; tiene un tren!, casa con jardín, elegantísima, lujosísima, dos automóviles Ya verán ustedes una mujer *chic;* me cuesta miles de francos. (El cupé se detiene á la puerta del Palais de Glace. Los tres descienden.)

CUADRO SEGUNDO

Miguel se adelanta hasta la taquilla, en la diestra un fajo de billetes de Banco y pide dos entradas. Paga y se vuelve á Marcelo y Andrés.

MIGUEL.—Para ustedes, yo estoy abonado por toda la temporada. Esto es delicioso, ahora que ya no e pasea por el Bosque. Y además, aquí todo el mundo me conoce. (Entran. La música ejecuta la *Machicha*, que desgrana sus notas lujurio sas sobre las cabezas de los patinadores.) Garzón, ¿mi mesa? Esta es, y sin embargo, ocupada. (El mozo se dirige á una señora de edad, que ocupa la mesa. La señora protesta. El mozo se vuelve á Miguel.)

—No, es mi mesa, y la necesito. (El mozo se acerca de nuevo á la señora, ésta se levanta indignada.)

LA SEÑORA (*marchándose*).—Son unos apaches. (Marcelo, Miguel y Andrés se sientan. La mesa está colocada junto á la valla.)

MIGUEL (*dirigiéndose á un señor que llega*).—¿Cómo está usted? Siéntese aquí. ¡Ah!, déjeme presentarle á los amigos; el señor ....., arquitecto francés; los señores ....., sudamericanos, escritores. (*El recién llegado se sienta.*) ¿Qué toman ustedes, un torino? —Mozo, cuatro torinos con amargo.

ANDRÉS.—El aspecto es elegante, *chic*. Hay sobre el hielo un enjambre de mujeres bonitas.

MARCELO.—Y caras.

MIGUEL.—Véanla ustedes, aquí llega. (Una dama se acerca á la mesa. El traje de color de oro viejo, los cabellos rubios y el sombrero de encaje, forman una sola pieza, una

maravilla de tocado; en los dedos, diamantes, rubíes, esmeraldas, y en la diestra una orquídea.) La señora Ninón de Lescaut, los señores ... (Ninón les estrecha la mano sonriendo. Se dirige al arquitecto,)

NINÓN.—Cuánto tiempo que no le veía; los preparativos de la boda le tienen cautivo.

EL ARQUITECTO.—Un poco, y sobre todo triste.

NINÓN.—¿Triste?

TODOS.—¿En vísperas de bodas?

NINÓN.—¿Y con una novia linda, joven y sobre todo rica? Yo sé de una amiga mía, una morena encantadora, que está contentísima y se sabe de memoria los escaparates de la calle de la Paix, escogiendo los futuros regalos. Dice que le ha ofrecido usted el mismo homenaje que Naná recibió una noche de bodas...

El arquitecto.—A la verdad, no es tristeza, sino preocupación.

Todos.—¿Por qué?

El arquitecto.—Oigan ustedes y no se rían. Me parece que la novia me va á resultar virtuosa, y nada más fastidioso que una mujer fiel pues exige al marido que le pague con igual moneda, mientras que cuando hay un amante, el marido descansa, aprovecha el cuarto de hora y la mujer lo mima, le pone un velo de caricias delante de los ojos. En fin, deseo que mi mujer me engañe, pero sin que yo lo sepa, sin sorprenderla nunca. (Marcelo, Andrés y Miguel lo miran con sorpresa y sonríen irónicamente.)

Ninón (*rompe en una carcajada*).—Es espiritual; pero no se preocupe, ¡oh!, sí, usted será... (Las risas de los cuatro le hacen coro.)

MIGUEL.—¿Qué prefieres, Ninón?

NINÓN.—Un cocktail; lo tomaré luego, ahora voy á patinar.

EL ARQUITECTO.—¡Ah!, verán ustedes, es una excelente patinadora. (La música ejecuta la *Petite Tonkinoise*, la polka del día, es una música alegre, llena del sol asiático, que pone una caricia á lo largo de la columna vertebral. Ninón patina. Danza, salta, vuela, quiebra el cuerpo magro en curvas graciosas, tiene toda la aristocracia del ritmo del minueto. Es una rosa que se inclina, una paloma que vuela; el enjambre de patinadores se detiene para admirarla. Se acerca á la valla, toma de la mesa el cocktail y apura un sorbo.)

EL ARQUITECTO.—Es usted única.

MIGUEL.—Epatante, epatante.

ANDRÉS.—Se dijera que el hie

lo ha florecido, es usted su flor

MARCELO.—Es usted la encarnación de la bailadora del cesto blanco de Fragonard.

MIGUEL.—¿Quién es ella?

MARCELO.—Es un cuadro de un pintor francés del siglo XVIII.

NINÓN (*curiosa*).—¿En cuál Museo está?

ANDRÉS.—Ni en el Louvre ni en el Luxemburgo.

MARCELO.—No recuerdo donde; acaso en Londres ó en Munich. ¡He visto tantos cuadros!

(Ninón abandona el hielo, viene á la mesa. Con un movimiento felino levanta el cuello de astracán del sobretodo de Marcelo, que está sentado frontero al hielo.)

NINÓN.—Se va usted á resfriar. (Marcelo, que ha sentido el contacto de la mano de Ninón sobre su nuca.

una quemadura, la mira con ansia.)

MARCELO.—Gracias, gracias.

NINÓN (*volviéndose á Miguel*).—No te pongas celoso, es tu amigo. La piel hace bien, da un calorcillo agradable.

MIGUEL.—He comprado dos vicuñas.

NINÓN.—¿Para el coche?

MIGUEL.—Sí, las pondré mañana, son muy finas, me han costado carísimas.

NINÓN.—¿Ven ustedes aquel mozo que va allá, patinando con la dama vestida de azul? Es un español, argentino; es un tipo espléndido. Le ha regalado á una muchacha de *Chez Maxim*, por una noche, un portamonedas de oro incrustado de piedras preciosas y tres mil francos.

MARCELO Y ANDRÉS (*á una voz*). ¡Qué barbaridad!

Miguel (*mirando el reloj*).—Señores, las siete. (*Dirigiéndose á Marcelo y Andrés.*) Esta noche los espero en el Moulin Rouge; tengo un palco, es la primera de la revista. No tienen que pagar nada; pregunten por mi palco. No falten; luego iremos á cenar. (Todos se despiden. Marcelo y Andrés salen juntos.)

Marcelo.—Hace buen tiempo vamos á caminar un poco.

Andrés.—Me fastidian estos sitios mundanos.

Marcelo.—Ninón es una mujer encantadora. ¿Te has fijado en el arte de su peinado, en el *maquillage*? La boca es como una herida, pero una herida que en vez de brotar sangre chupara la ajena. Su conversación es espiritual, y sin embargo lo que dice no es espiritual; esas mismas palabras dichas por otra, serían

banalidades insoportables. —Es deliciosa. No es un mármol, sino una de esas figulinas de cera, esculturas animadas por el dedo febril del artista que se derretirían al fuego de os besos.

ANDRÉS.—Es, sencillamente, una parisiense; de esas flores fragantes y turbadoras está lleno París.

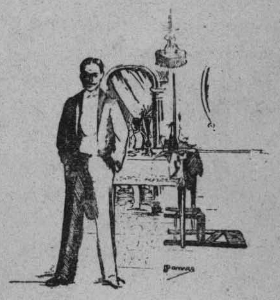
MARCELO.—Es una mujer peligrosa, sus brazos en derredor del cuello, serán una cadena, pero Miguel la paga y no la comprende. Tanto mejor para él. Es algo libresca; parece arrancada de una novela de Jean Lorrain ó de Rachilde, hecha para los rebuscadores de sensaciones complejas, raras. La orquídea en sus manos es un símbolo y una promesa.

ANDRÉS.—¿Dónde vamos á comer?

MARCELO.—Donde quieras.

ANDRÉS.—Vamos á Vachette; tomemos un ómnibus.

MARCELO.—No, un coche; recuerda que estamos invitados, y es preciso cambiar de traje. (*Toman un coche.*)



CUADRO TERCERO

A las diez de la noche, de frac, pechera irreprochable, Marcelo llega al famoso Moulin Rouge. Se acerca á la taquilla.

MARCELO.—¿El palco de madame Ninón de Lescaut?

EL EMPLEADO.—No sé cual es, pero pase usted, las acomodadoras indicarán. (Marcelo entra en el teatro, habla con varias acomodadoras,



escudriña con sus ojos de miope, va de izquierda á derecha entre las miradas y los codazos de las cocotas que se pasean, hasta que al fin descubre el palco. Cambios de saludos, sonrisas.)

MIGUEL.—¿Y Andrés?

Marcelo.—No ha venido; es un poeta y un raro, y además va esta noche con su novia, una rusa, estudiante de Medicina, en romería sentimental á la estatua de George Sand, el mármol exquisito del jardín del Luxemburgo.

Ninón.—La revista es divertidísima; sobre todo el compadre, es un buen mozo.

Miguel.—Y la comadre es una real hembra.

Marcelo.—En efecto, la estética del personal es notable, y hay verdadero arte en los trajes, maravillas de seda y encajes con que el ingenio de los artistas de la tijera favorece la venustidad.

(Silencio. Marcelo contempla á Ninón, sentada delante de él. En derredor del cuello fino, dos ringlas de gruesas perlas, un collar de besos

sobre la carne tibia, el broche es un gran diamante, y pendula de un hilo de oro, una cabeza de serpiente tallada en una esmeralda con dos pequeños rubíes incrustados que simulan los ojos, oscila entre los senos. En la diestra un gran zafiro.)

MARCELO (*rompiendo el silencio*). «El zafiro es la mirada de Narciso», ha dicho Jean Lorrain.

NINON (*sonriendo*).—¡Ah, sí! ¿Lee usted á Lorrain? Es mi poeta favorito.

MARCELO.—Era un poeta de taento, que aprisionó en la prosa y en la rima el alma parisiense compleja y sencilla, femenil, exquisita. Su pluma usa colorete, *maquillage; La Rivera* no ha tenido cronista que haya copiado como él la belleza de sus paisajes y la realidad de su vida cosmopolita y mundana.

Ninón.—¿Por qué ha dicho usted «era»?

Marcelo.—Porque ha muerto, cuando los fuertes aromas estivales vencían las fragancias de la primavera.

Ninón.—¿Ha muerto? Sabe usted, no amaba de amor á las mujeres.

Marcelo.—Eso cuentan y se lee entre líneas.

Ninón.—Era amigo de Liane de Pougy; pero solamente como un camarada, y nada más.

Marcelo.—¿Liane de Pougy, la novelista?

Ninón (*riendo*).—La que firma las novelas que otros escriben. (*Vuelve la vista al palco de la derecha. Y con viveza en voz baja á Marcelo.* Mire usted esos jóvenes, de smoking y con chalecos rojos. ¡Qué cursis!

Marcelo.—Y no son brasileños.

MIGUEL (*bostezando*).—Esto fastidia; no entiendo una palabra. Vamos. ¿Dónde quieren ustedes ir á cenar? ¿Al Rat-Mort?

NINÓN.—No; pues encontraremos, como siempre, instalado en un rincón, con su monóculo inmóvil, al hijo del empresario de un teatro del bulevar, que no hace más que beber Champagne y gritar. Es un necio.

MARCELO.—Y es muy repugnante a negra de las canciones y danzas africanas.

MIGUEL.—Vamos entonces á *Maxim*, yo lo prefiero, porque es más caro. (Se levantan. Marcelo ayuda á Ninón á vestir su abrigo. Sálen.)

CUADRO CUARTO

Chez Maxim.

El portero saluda con una profunda reverencia á Miguel Ramírez.—Todos le miran como á un conocido. Un mozo acude presuroso.

MIGUEL.—¿Mi mesa, está reservada?

EL MOZO.—Aquí la tiene usted.

NINÓN.—Hay mucha gente esta noche, sobre todo ingleses y norteamericanos. Allí veo un joven multimillonario yanqui. Y aquel gallardo de la barba florida, es un ruso, que cubre de oro á la rubia que lo acompaña. Y por allá anda nuestro amigo el arquitecto. (Silba y le llama con la mano. El arquitecto se acerca.)

EL ARQUITECTO.—¡Qué buen encuentro!

MIGUEL.—Siéntese usted. Mozo, la carta. ¿Qué desean ustedes? ¿Ostras, no? Mozo, traiga usted tres docenas de Ostende, una botella *Cordon rouge* y luego, ya veremos.

MARCELO.—(Observa las mesas



vecinas pobladas de caras aburr id , gentes que le piden al vino una hora de alegria; que pagan con oro y sangre la satisfacción de decir á los amigos al día siguiente: «anoche cené *chez Maxim*». Las carcajadas y las palabras se retuercen entre el humo del tabaco. Una muchacha

magra y pálida besa en la nuca al galán; otra grita, porque le han mordido una oreja. Improviso una mujer vierte una copa de Champagne en la cabeza de un calvo y el joven millonario yanqui arroja copas y botellas al suelo, celebrado por risas locas. La orquesta de zíngaros ejecuta la *machicha;* sus notas «el relincho de la lujuria», excitan los nervios. Una vieja judía, de traje raído, aparece en medio de la sala bailando, con la mano extendida en demanda de una moneda; la música la sacude, se descadera, asoma por debajo de la falda una pierna lamentablemente flaca. El joven milonario norteamericano se adelanta a ciñe y baila con ella una danza desenfrenada; pierden equilibrio y se abaten, confundidos, agitados por el mismo hipo de embriaguez. Mar-

celo continúa observando, mientras sorbe las ostras y el Champagne con lentitud. Aparece otra pareja, es una mujer joven y bonita, provocativa, que baila con un buen mozo moreno.)

MARCELO.—Esa mujer es bonita y hay en su manera de bailar algo que revela despecho, un propósito de llamar la atención, de herir; pero es realmente bonita y fresca.

MIGUEL (*á Marcelo en voz baja*). Es una española, mi antigua querida; reñimos hace días. No la mire usted, que se fija la Ninón.

MARCELO.—¡Ah! El amor.

NINÓN.—¿Qué dice usted? ¿Está enamorado?

MARCELO. — No lo he estado nunca.

NINÓN —¿No ha amado jamás?

MARCELO.—He amado á todas

las mujeres; pero no á una. Como las copas las apuro de una vez, desconozco el placer de paladearlas.

NINÓN.—¿Qué edad tiene usted?

MARCELO.—Treinta años.

EL ARQUITECTO.—Amará, es una ley universal; nadie escapa á las flechas de Cupido.

MARCELO.—No lo busco ni lo evito. Tal vez. El poeta escribió en el zócalo de una estatua del Amor: «Quien quiera que seas, es tu dueño, lo fué ó lo será.» Pero anhelo una mujer móvil como la ola, multiforme como la nube; y un paisaje no mancillado por el ojo humano para hospedar mi ventura.

Hace noches, en una conferencia del Trocadero, mientras Charcot describía su expedición al polo Sur, yo soñaba ir á florecer con llamas

de amor las blancas soledades. Saint-Beuve, decía: «amar y morir bajo el cielo de Nápoles»; yo sueño amar entre las nieves eternas, algo extraordinario, aunque sea cursi pero nuevo.

EL ARQUITECTO.—Amará usted en París; la boca de la parisiense es la manzana del árbol del Bien y del Mal.

MIGUEL.—Mozo, traiga usted pronto dos Chateaubriands y otra botella de Champagne.

NINÓN.—¿Se ha fijado usted en que mi tipo no es esta noche el de esta tarde? Cambio siempre, nunca soy igual.

MARCELO.—En efecto, esta noche tiene usted una cabeza del Renacimiento, el perfil de una medalla del Pisarello.

EL ARQUITECTO.—Dice usted

bien; esa cabeza es del más puro Renacimiento.

MIGUEL. — Mozo, traiga usted peras de las más caras.

NINÓN (*con viveza*). —¿A quién llama esa mujer?

MIGUEL.—¿Quién?

NINÓN.—La española.

MARCELO.—Es á mí.

MIGUEL.—No vaya usted. Es un fastidio, está loca por mí.

NINÓN (*inquieta*).—Si se acerca la hago echar. Una española; tienen sangre. (*Enciende un cigarrillo de cabo dorado, y con un gesto picante arroja la espiral de humo.*)

EL ARQUITECTO.—Son las tres de a mañana.

NINÓN.—Vámonos. (Se levantan Marcelo y Miguel acompañan á Ninón hasta su automóvil. Ninón besa en la boca á Miguel; estrecha ca-

riñosamente la mano á Marcelo.)

NINÓN.—Hasta mañana. A las cinco en el Palais de Glace. (Teuf teuf; el automóvil arranca.)

MIGUEL.—¿Qué hacemos? Aún es temprano. Vamos al Americano. (Suben al cupé de Miguel.)

CUADRO QUINTO

En el Americano.

Amplio salón, mesas, mujeres, música, Champagne. La misma decoración de todos los cafés. Marcelo y Miguel se sientan en un rincón. Un mozo se acerca.

MIGUEL.—*Cordon rouge.* Toda las mujeres interrogan con la mirada á Miguel.) Las ve usted, todas me persiguen. *(Un mozo se acerca á Marcelo.)*

El mozo.—Señor, abajo una dama pregunta por usted.

Marcelo.—¿Por mí?

Miguel.—Es la española; no vaya compañero, se lo ruego.

Marcelo.—Está bien. Dígale que iré. *(Ambos se miran pensativos.)*

Miguel.—Compañero, tiene usted una idea; lo comprendo; le gusta la española.

Marcelo.—La encuentro joven y bonita y nada más. ¿Tiene usted celos?

(Entra la española, viste de rojo. Una cabeza de pilluelo, toisón corto, negro y ensortijado. Se acerca á la orquesta, le habla al director. Un aire español puebla la sala con sus notas inflamadas. La española baila, su cuerpo se curva, se quiebra; las manos aletean en derredor

de la cabeza; delante del seno; los pies repican sobre el tapiz. Todas las miradas la envuelven en una onda de deseos. La cabeza erguida, los brazos arqueados, las caderas prominentes; es una llama roja.

UNA VOZ.—¡Olé, salero!



MARCELO *(á Miguel)*.—¡Qué bien baila!

MIGUEL.—Lo hace por mí; la pobrecita está enamorada. *(Una bailadora española se acerca á Miguel.)*

LA BAILADORA.—¿Ha visto usted cómo ha bailado esa? No la haga

usted sufrir más. ¿Quiere usted que la llame?

MIGUEL.—No... Sí.

LA BAILADORA.—Carmen, ven. *(Empujándola hacia Miguel.)* Besense ustedes. *(Se besan.)*

CARMEN.—¿Dónde has dejado á la Ninón? Se ha ido de Chez Maxim porque me teme. Cuando la tenga cerca le voy á fregar esa cara, que tiene más pinturas que un retablo de aldea: ni los cabellos son suyos. *(Todos rien.)*

MIGUEL.—Está locamente enamorada de mí; pero la he dejado marcharse sola. No me interesa y además... *(Le habla al oído á Carmen.)*

CARMEN *(riendo)*.—Te he dicho eso... pues chico, te ha engañado... Ella, lo sé muy bien... es en el cuarto menguante; es que está perdida por su *chauffeur*.

MIGUEL.—Mozo, traiga más Champagne. (Las flamas de la música española corren por la sala, las copas chocan, los besos estallan.)

MARCELO.—Diablo, son las seis de la mañana. Me voy.

MIGUEL.—Aguarde un momento. Nos iremos juntos.

MARCELO.—No, me marcho. Hasta luego. (Se parte excandecido. En la plataforma de la escalera se detiene. El Champagne bulle en su cerebro; en la nuca la huella de la mano de Ninón arde, y delante de sus ojos fulgece Carmen. Vacila, mira en derredor. Por sus venas corre mezclado á su sangre un jugo nuevo: el relente de alcoba que emerge de los lugares por donde ha pasado; el vaho sexual que exhalan los seres que ha conocido; aroma sutil y poderoso. Sale. El bulevar está de-

sierto. Dos ó tres cocheros duermen en los pescantes. El aire frío hiere la piel. Una vieja pasa con una chicuela de la mano. Se la ofrece.)

MARCELO.—No, no.

(Un hombre le hace un gesto equívoco.)

MARCELO.—No, no, no. *(Vacila. Agita los brazos como aspas.)* Está solo, abandonado, el bulevar; es ahora un cauce seco; el bagazo de un fruto exprimido. *(Vacila de nuevo; se esfuerza por mantener el equilibrio; se afirma sobre los tacones, agita los brazos.)*

Me envuelve la ola, me desarraiga, me arrastra, es el torrente, voy aguas abajo. *(Mira hacia el cielo gris descogido sobre la urbe dormida.)* Este cielo es un trapo sucio, y no hay sol, no hay sol... el sol.



LA SANGRE

(PANTOMIMA)

Para la Sta. Emilia de Marchena.
En Santo Domingo de Guzmán.

PERSONAJES: **Rosalinda.** — **Lovelace.** — **Pierrot.** — **Labradores.**

Desde el cielo occiduo el sol derrama sobre la campiña ondas de oro y bermellón; la brisa canta en los campos recién segados.

La granja celebra la fiesta de la vendimia. Uncida al arado, coronadas de rosas las astas, una yunta de bueyes, en la linde de la era copia

en sus pupilas la serenidad del paisaje.

En el centro del patio se yer-



gue una fuente: Dionysos joven que vierte un ánfora y un cuerno en

el seno de la taza: vino blanco y rojo, Gavillas áureas, racimos ópimos, frutos de todas especies, turíbulos que perfu rman el aire con sus mieles.

En las femeniles cabezas rubias, sangran las amapolas; en las cabeleras negras nievan las flores del manzano. Mozos y mozas forman un círculo en torno de Rosalinda y Lovelace. É l es un gallardo mancebo, viril; ella es la primavera; los lirios silvestres le han tejido un traje con su lino fragante.

Suenan las voces de pífanos y tamboriles: las notas imitan el rocío que riega las campañas en la noche, á la luz de las estrellas.

La danza comienza. Las manos varoniles repiten las figuras que bai la Lovelace; las femeniles, las de Rosalinda

Lovelace.—Anuncia la salida del sol, los corceles del carro piafan; a tierra despierta, los gallos cantan. El labrador unce los bueyes.

Rosalinda.—La zagala ordeña a vaca; la cálida leche cae cantan- [illegible] y la ofrece como un



don de su propio cuerpo hermoso.

Lovelace.—El labrador apura en el borde del cántaro, lo devuelve risueño y con el revés de la diestra borra el bozo de blanca espuma que el líquido pintó en sus labios. Se encamina á la era.

ROSALINDA.—Le envía un beso en la punta de los dedos.

LOVELACE.—El arador guía la yunta, la reja rompe las entrañas de la tierra. El sembrador arroja la si miente, germina, surge la planta, crece.

ROSALINDA.—Las yemas estallan, los capullos se abren, los árboles se cubren de flores; fructifican, y los frutos heridos de los dardos solares se parten como frescas bocas que ríen.

(Las voces de pífanos y tamboriles remedan el susurro de la brisa entre las cañas.)

ROSALINDA.—Al ritmo de la can ción de la segadora la hoz brilla, las espigas se inclinan.

LOVELACE.—La mano del segador, oculta en las mieses, acaricia una pantorrilla.

ROSALINDA.—La diestra de la se-

gadora, pega y amapola la mejilla del audaz.

LOVELACE.—El segador con rabia aprieta los haces.

ROSALINDA.—Liberta los árboles agobiados de frutos; corta los racimos de uvas; aparta los pámpanos; un pájaro sorprendido vuela.

LOVELACE.—Cansado el labrador sigue á los bueyes; el sol muere.

ROSALINDA.—Graciosa la labradora, porta un cesto colmado.

(Los mozos y mozas, acordan las voces en un guirnalda y entonan un himno á Dionysos.)

ROSALINDA.—Abre los brazos con un gesto de amor; en la boca encendida, un áureo grano de uva.

LOVELACE.—Avanza y muerde el grano y los labios. Cierra los ojos, palpita embriagado por as dulzuras del fruto y del beso.

(El círculo se rompe. Un gañán lacertoso arrebata una muchacha, suave carga que conduce á la fuente; sus anchas manos ponen grillos á los breves pies, la inclina sobre la taza, donde bulle el vino. La muchacha se agita, grita, ríe y sorbe el divino zumo. El gañán la suelta y cuando erige su linda figura, se esponja, sacude la testa risueña y riega gotas que cintilan como amatistas y se deslizan por la piel cosquillando los vírgenes pezones. La alegría estalla. Otra muchacha á la fuente, otra, otra, y todas.)

UNA ZAGALA. — Ahora Pierrot. (Pierrot, olvidado, solo, triste en un rincón, envuelto en su amplio traje blanco á rayas rojas, el espantapájaros de la huerta, se estremece miedoso. Sus ojos devoran á Rosalinda.

Todos. — Sí, sí, Pierrot á la fuente. (Dos mozos lo alzan en vilo, lo sumergen, patalea, pero traga vino. Un coro de risas acoge su rostro empapado.)

Otra zagala.— ¡Que baile Pierrot!

Todos.—Sí, sí, que baile con Rosalinda. (El círculo se forma. Las notas de pífanos y tamboriles imitan el rocío que riega las campañas á la uz de las estrellas. Pierrot contempla alelado á Rosalinda, feliz en su desgracia. Baila, es un muñeco de madera tirado de un cordelillo. Las risas corean, los aplausos ahogan las voces de los instrumentos: el vino canta en las bocas.)

Pierrot.—Ansioso, avanza, ¡qué dicha! Gustará la uva y los labios.

Rosalinda.—Rápida muerde el



grano y envia el beso en la punta de los dedos á Lovelace.

PIERROT.—Se detiene extático; la diestra contraída desgarra el pecho; le duele el corazón. El brazo se tiende con un ritmo de gracia exquisita, se dijera que ofrenda una rosa, clava un puñal en el seno de la bella cruel.

ROSALINDA.—Vacila. Un chorro ardiente brota enrojeciendo el lino fragante de los lirios. Se abate: tal una estatua fulminada por un rayo.

PIERROT.—Cae, y su cuerpo contra el pavimento produce un ruido de huesos desvencijados.

(El olor de la sangre emerge, inciensa, colma el patio en silencio con la fuerza de una palabra elocuente. Los bronces de una iglesia lejana entonan el *Angelus*, las alas

de la plegaria se extienden por cima de todas las cabezas.)



(UNA VIEJA.—De hinojos, los brazos en cruz, con gesto que surge de

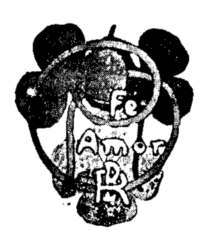
sus entrañas maternales y lacera las carnes pavoridas: ¡misericordia, misericordia, Señor, ten piedad de nosotros!

Un joven (*inclinándose hacia Rosalinda*).—¡Dios mío, por qué muere, siendo tan bella!

Pierrot.—Sumergido en a sangre, que asciende, asciende siempre; se oprime el rostro entre las manos ie, llora. Se contrae: la amaba, la maté. Se yergue impetuoso y en un grito salvaje promulga su derecho a Amor.



ÍNDICE



0,75 ptas.